

18c

CRÓNICA HUTTERIANA

LA EDAD DE ORO

Durante esos años¹ Dios proporcionó a su pueblo una época de paz. Porque después de haber purificado a su iglesia de diversas maneras, permitiendo que experimentara gran aflicción y todo tipo de tribulaciones, calamidades y pobreza durante muchos años —como se habrá visto en este libro y se habrá oído— el Señor resolvió (lo que no podemos dejar de describir especialmente en homenaje a su memoria) conceder también a su pueblo una época de paz y de ricas bendiciones —como al recto Job después de sus tentaciones—, para ver cómo se comportaban en la misma. También [lo hizo] para que su obra y sus acciones se hicieran públicamente manifiestas y fueran conocidas por todos los hombres y tuvieran amplia resonancia. Así lo hizo Dios y brindó a su pueblo tiempos buenos y tranquilos, contra toda la voluntad y las intenciones del mundo entero, de modo que no hubo tribulación general ni persecuciones por espacio de veinte años y más, como se verá más adelante en este libro. Sólo algunos incidentes ocurrían de tanto en tanto.

En esos tiempos tuvieron lugar muchas acusaciones y resoluciones en nombre del Emperador y los reyes en dietas imperiales y también en las dietas de los Estados, donde los diferentes estamentos y credos, a pesar de estar desunidos en otras cosas estaban todos de acuerdo en que esa gente debía ser exterminada y no podía ya ser tolerada. Sin embargo, el Señor lo impidió de muchas maneras y en muchas oportunidades². Por ejemplo, les dio otra cosa que hacer o

bien les quitó el coraje para llevar adelante sus planes, porque el Señor puede muy bien orientar la bandera de acuerdo a su viento.

A pesar de todo aparecieron muchos cuya mente no podía tranquilizarse sino con la expulsión y el exterminio de aquella gente. También obtuvieron (aunque no de Dios) el poder para hacerlo; pero el Señor los exterminó antes de que pudieran comenzar³. Muchos intentaron, con frecuencia, inflingirles dolores, pero tales individuos padecieron desgracias.

Eran muchos los consejos. Uno aconsejaba que se los colgara a todos; otro, que se los quemara; un tercero, que se prendiera a sus ancianos, con lo cual se los arrancaría de raíz. Un cuarto deseaba tener poder sobre ellos; quería arreglárselas, pues, con ellos para que desaparecieran de la tierra. Pero esa gente solía sobrevivir muy poco [sus malas intenciones] y la muerte no les permitía añadir muchos años a sus vidas, como lo sabemos y como lo podríamos detallar con nombres.

La camarilla de predicadores incitaba de todas maneras y en todo momento a las autoridades cada vez que podía, como sigue ocurriendo. Sólo que el Señor, nuestro Dios, se interponía en su camino. El gran príncipe Miguel es solidario con los hijos de su pueblo, de lo contrario, su pueblo habría desaparecido hace ya mucho y habría sido devorado como el pan⁴. Pero de la misma manera que una gallina reúne a sus pollitos bajo sus plumas y alas⁵, cuida de ellos y picotea a todos los que quieren atacar a los suyos —sí, así como un águila planea sobre sus pichones—, eso y cosas mucho, mucho más grandes ha hecho Dios en beneficio de su pueblo. De modo que incluso los descreídos debieron reconocer y confesar, con frecuencia, que Dios no deseaba que ese pueblo fuera exterminado o expulsado.

Así vivieron en el país que Dios había dispuesto y previsto especialmente para ellos. Y se les dieron alas de la gran águila, para que volaran a su sitio⁶, que ya había sido preparado, nutrido y edificado por Dios para ellos, para que permanecieran por el tiempo que pluguiere a Dios. Por eso se reunían en paz y unidad, enseñaban y predicaban el Evangelio y la Palabra de Dios abiertamente, celebrándose dos veces por semana, y a veces más, reuniones en las que se proclamaba la palabra de Dios. En ellas también se ofrecían a Dios oraciones en común, por todas las necesidades de la comunidad y acción de gracias por todas las cosas buenas de que disfrutaban. De la misma manera se oraba por el Emperador, el Rey, príncipes y autoridades terrenales, para que Dios les permitiera tomar en serio y

cumplir debidamente con el cargo que les había encomendado, para protección de los justos y para ejercer un gobierno pacífico⁷.

Además se instituyó la excomunión cristiana para apartar a los viciosos que se encontraban en la comunidad. Se separaba y castigaba a esos pecadores de acuerdo con su culpa. Se acogía nuevamente y se incluía [en la Iglesia] a aquellos que demostraban verdadera contrición.

Se instituyó el bautismo cristiano, según el mandato y la costumbre del Señor y de los apóstoles, con los adultos y aquellos que comprendían, que escuchaban la palabra de Dios, la entendían, la creían y la podían aceptar. A todo esto, se opone al bautismo de infantes en todos los aspectos y, por lo tanto, es falso⁸.

La gente se reunía y celebraba la Cena del Señor, para conmemorar y reavivar la memoria de los padecimientos y muerte de Jesucristo, quien por medio de su muerte nos redimió a nosotros —sin lo cual estábamos perdidos—; nos restauró, nos conformó a su propósito, y también nos hizo miembros de su cuerpo. Se reunían también para celebrar acción de gracias por su amor y sus inefables beneficios con los cuales Él nos favoreció. También recordamos lo que por nuestra parte debemos realizar por Él en nuestra gratitud⁹. El idolátrico sacramento del clero se opone a esa comunión del Señor.

Se practicó la comunidad cristiana de bienes, de acuerdo con las enseñanzas de Cristo y tal como Cristo vivía con sus discípulos y como también la practicó la primera iglesia apostólica. Nadie podía estar por encima de los demás. Los que antes habían sido pobres o ricos, ahora tenían una bolsa, una casa y una mesa común; sólo que los sanos como sanos, los enfermos como enfermos, los niños como niños¹⁰.

La espada y la lanza fueron transformadas en podaderas, sierras y otras herramientas más útiles, y empleadas como tales¹¹. No había arcabuces, sables, alabardas ni arma alguna hecha para la defensa. Cada uno era hermano del otro y [constituían] un pueblo absolutamente pacífico, que nunca participó en una guerra o derramamiento de sangre, ni mediante el pago de impuestos [bélicos] ni, menos aún, por propia mano. No necesitaban venganza. La paciencia era su arma para toda lid¹².

La comunidad estaba sometida a las autoridades temporales y les obedecía en todas las buenas obras; es decir, en todo lo que no estaba contra Dios, la fe y la conciencia¹³. Pagaba anualmente los impuestos, así como los intereses y derechos; cumplía para ellas labores y servicios. Les rendían los honores que les correspondían por el

cargo que les había sido ordenado por Dios, que es tan necesario en este mundo perverso, como el pan de cada día.

En suma, se confesaban y mantenían los doce artículos de la fe cristiana apostólica y lo que está basado en las Sagradas Escrituras.

Se ejecutaba la misión cristiana acerca de la cual el Señor ordena y dice: "Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo". Y también: "Yo os he escogido y os he colocado para que vayáis y deis frutos"¹⁴. Por eso se enviaban anualmente a servidores del Evangelio y sus asistentes a países en los que había oportunidad. Estos visitaban a quienes deseaban mejorar su vida, buscaban la verdad e inquirían acerca de ella. Se los sacaba de su país, de día o de noche, según sus deseos, a pesar de los alguaciles y verdugos¹⁵. Muchos debieron entregar y ofrecer la cabeza, el cuerpo y la vida por esa razón. Reunían así al pueblo del Señor, como lo desea el Buen Pastor.

Se practicaba el alejamiento y separación del mundo y de su vida perversa e inicua. En especial se evitaba también a los falsos profetas y a los falsos hermanos¹⁶ (2 Co 6; Ap 18: 4 ss; 2 Co 5; 2 Jn 1).

No se escuchaban maldiciones ni se tomaba el nombre de Dios en vano, sin lo cual el mundo no puede hablar. No había juramentos ni votos. Nunca había bailes, juegos o embriaguez. No se confeccionaban más ropas vistosas, lujosas o desmedidas; todo eso se había suprimido. No se entonaban esas canciones bochornosas y disolutas de las cuales el mundo está lleno; sólo himnos cristianos y espirituales, y también canciones sobre historia bíblica.

Los cargos [principales] eran ocupados por ancianos, hombres determinados que trasmitían la palabra de Dios leyendo, enseñando y amonestando, y sólo se ocupaban de ella. A ellos les correspondía el oficio de reconciliar, de juzgar y de arbitrar en los casos que se les llevaran, y de supervisar¹⁷. (Tit 1; Hch 6; 2 Ti 4: 1-5).

Hombres especialmente designados se encargaban de la administración temporal; ellos se hacían cargo de recibir y pagar, y se preocupaban de las necesidades alimentarias, encargando y comprando.

Determinados hombres organizaban al pueblo y lo mandaban a trabajar, cada uno en lo que podía y deseaba, ya sea en el campo o donde fuere necesario. Estos hombres eran los administradores de campo.

Determinados hombres estaban encargados de servir la mesa. Las comidas se iniciaban con oración y acción de gracias a Dios. Después de una nueva acción de gracias se regresaba al trabajo. La acción de

gracias y la oración se ofrecía al acostarse y nuevamente, a la mañana, al levantarse, antes de que todos partieran a sus trabajos.

Determinados hombres eran destinados a las escuelas, para encargarse —junto con las hermanas— de la educación de los niños y para ejercer una supervisión general.

No había ningún usurero ni mercader; sólo honestas ganancias. Uno se mantenía con el trabajo manual de cada día, albañilería y labores de campo, en viñedos, labrantíos, praderas y huertos¹⁸. No pocos carpinteros y albañiles se dispersaban especialmente por Moravia, pero también por Austria, Hungría y Bohemia. Muchos hombres hábiles, virtuosos y valientes construyeron molinos, cervecerías y otros edificios, por salarios equitativos, para los señores, nobles, burgueses y demás gentes. Aparte se designaba especialmente a un hermano como constructor. Él organizaba a los carpinteros, aceptaba trabajos y acordaba las condiciones con otra gente, de parte de sus hermanos y de la comunidad.

También había no pocos molineros, y muchos molinos del país eran manejados por ellos por pedido y deseo de los señores feudales y otros. En lo que se refiere a la molienda se llegaba a un justo arreglo del tercio y el cuarto, según las costumbres del país. Por añadidura se designaba a un molinero que hacía los arreglos y organizaba toda la operación, con el consejo de los ancianos. Él organizaba a los molineros distribuidos por todas partes y se preocupaba de que los molinos tuvieran personal y funcionaran bien.

Numerosos señores (en especial los de la región en que nosotros vivíamos) y la nobleza utilizaron durante mucho tiempo a nuestra gente para explotar sus granjas y demás empresas, algunos por el tercio, algunos por un salario, de forma que fuera reconocida y aceptada como justa por ambas partes. Por añadidura se designaba a un hermano que, a pedido de los señores —los que a veces debían esperar mucho— aceptaba tareas de administración de granjas, en nombre de la comunidad, en la medida en que confiaban en poder dotarlas. Con ese fin negociaba con los señores y llegaba a un acuerdo franco, y se encargaba de que las granjas estuvieran ocupadas y siempre dotadas del personal necesario. En resumen, nadie quedaba sin tareas. Todos hacían lo que les había sido encomendado y lo que deseaban y podían hacer. Y si un hermano había sido antes noble, rico o pobre, aprendía —aun los sacerdotes— a realizar los trabajos y las obras que les tocaban.

Había, además, todo tipo de honrados y útiles artesanos, tales como albañiles, herreros —que confeccionaban herraduras para caballería, guadañas y hoces—, caldereros, cerrajeros, relojeros, cuchilleros, plomeros, curtidores, peleteros¹⁹, zapateros, talabarteros, carroceros, toneleros, carpinteros, torneros, sombrereros, sastres, tejedores, cordeleros, fabricantes de cedazos, vidrieros, alfareros, cerveceros, bañeros, barberos cirujanos y médicos. Y por cada oficio había siempre un hermano que organizaba el trabajo, recibía encargos, hacía los arreglos y vendía los productos de acuerdo con su valor, para luego entregar fielmente a la comunidad las ganancias obtenidas.

Todos trabajaban —donde quiera estuvieran— para provecho de la comunidad, para sus necesidades, ayuda y apoyo, siempre que fuera necesario. Ésta no era otra cosa que un perfecto cuerpo, compuesto de miembros vivientes y útiles, que se complementaban los unos a los otros en el servicio.

Era como el artístico mecanismo de un reloj, en el cual una rueda y una pieza hacen funcionar, apoyan, ayudan y mantienen en funcionamiento otras piezas, dentro del propósito para el cual han sido creadas; sí, como esos útiles animalitos, las abejas, que se congregan en su colmena común y trabajan justas, algunas ocupándose de la cera, otras de la miel, otras de traer el agua, otras ayudando de otra manera hasta que completan su preciosa obra de dulce miel, no sólo en la cantidad que necesitan para su alimentación, existencia y necesidades, sino para compartir su uso con la gente. Así sucedía allí.

Había que establecer, pues, un orden en esto y en otras cosas. Porque cada cosa tiene un orden dentro del cual puede llevarse adelante y conservarse. Especialmente en la casa de Dios, donde el propio Señor es maestro de obra y verdadero impulsor. Pero allí donde no hay orden, hay desorden, hay anarquía; allí no mora Dios y la causa muy pronto se hace añicos.

Aparte de esto la comunidad era conocida por doquier, en parte por intermedio de aquellos que, de tiempo en tiempo, eran encarcelados a causa de Jesucristo y su verdad. Servidores y otros hermanos que eran interrogados a fondo (como se verá a menudo en este libro) en lo referente a su fe, de muchas maneras y en muchos lugares de los países alemanes, donde algunos hermanos permanecían encarcelados, con frecuencia durante mucho tiempo. Ellos, con su palabra y sus acciones, con su vida y con su muerte, testimoniaban que su fe era la verdad.

En parte se la conocía también por intermedio del Emperador, el Rey, los príncipes, nobles y sus cortes, en especial en todos los países alemanes. Se conocía su religión, sus acciones, su doctrina y vida, y lo que creían y sostenían. Porque los príncipes, los señores, la nobleza, las personas comunes y los que constituían la corte del Emperador, el Rey y los príncipes solían observar todo por sí mismos e informarse. Se enteraban así de la inocencia de la comunidad y comprendían que no ocurría lo que, solía decirse, fermentadamente, acerca de ella. En consecuencia, muchos se convencían y los alababan como pueblo justo y creían que debía haber sido establecido por Dios. De no ser así, habría sido imposible que tanta gente viviera junta en armonía, cuando tres o cuatro de los de ellos²⁰ que compartieran un techo se iban diariamente a las manos o disputaban, hasta que concluían por separarse.

Eran muchos los que preferían sus servicios y su trabajo a los de otras gentes; por eso resultaban escasos en el país. Por su fidelidad, todos querían tenerlos a su servicio. Pero, desde el punto de vista de su religión, siempre sobraban.

Era, pues, una obra maravillosa. Algunos señores estaban irritados y mal dispuestos contra ellos, a causa de su fe, y deseaban que no se los tolerara en el país. Algunos se irritaban cuando no obtenían más [hutterianos] para sus servicios y obras, por lo cual solían conservarlos muchos años. En suma, algunos querían aceptarlos; otros deseaban que se los expulsara. Algunos decían lo mejor de ellos; otros, lo peor.

El mundo entero no quería tolerarlos y tenía que tolerarlos²¹. Dios dividió las aguas —es decir, a los iracundos pueblos de este mundo— para que pudieran recoger individuos de todos los países y reunirlos en mayor número, como obra del Señor. La comunidad, a la que se oponían el diablo y el mundo, actuaba sin temor. Quien piense [comprenderá que] es una maravillosa obra de Dios. Algunos consideraban bueno y justo que viviera así quien pudiera hacerlo. Otros deseaban poder vivir también de esa manera. Pero otros —y esa era la gran mayoría del pueblo— consideraban, en su ceguera, que aquello era un error y una seducción o una invención propia [de los hutterianos].

Pero todo el mundo los aborrecía y los envidiaba, por lo que podrían haber dicho con David: "Tenemos más enemigos que cabellos en la cabeza" (Sal 69). No bien salían de la puerta se los increpaba y se los ultrajaba: "Antibaustas, rebautistas, sectarios, agitadores" y

otras designaciones malignas. Todo el mundo gritaba acerca de ellos, los despreciaba y los escarnecía, con muchas mentiras horribles, como la de que comían a los niños y otras cosas abominables, que nos hubiera afligido profundamente de sólo soñarías, cuanto más de haberlas hecho ²². En efecto, muchas extrañas denuncias —que no son humanas y, mucho menos, cristianas— se hicieron contra la comunidad, para hacerla sospechosa y odiosa ²³.

Pero ese odio y esa hostilidad del mundo contra nosotros tenía lugar tan sólo por el nombre de Cristo y su verdad ²⁴, porque lo seguíamos a él y no por alguna culpa. El mundo toma esto en cuenta como una prueba: si uno anda, llevando tan sólo un bastón en sus manos para demostrar que no desea hacer mal a nadie, si uno ora cuando va a comer, entonces se lo considera anabaptista, hereje, esto y aquello... ¡tan burdo es el diablo! Pero no bien alguien es apóstata y anda a la manera pagana, llevando espada al costado y un mosquete al hombro, esa persona es bien recibida y es un buen "cristiano" para el mundo.

Si alguien llega sin una golilla en torno al cuello u otro signo de vanidad en las ropas, y dice que el juego, el orgullo, la altanería, la gula, la embriaguez y los brindis son pecado, incorrectos y contrarios a Dios ²⁵; si además ese alguien es manso de espíritu, dotado de paciencia y otras virtudes propias de un discípulo de Cristo, entonces, desde el punto de vista del mundo, debe de ser hereje sectario, seductor, bellaco y vaya a saber qué otras cosas. Será aborrecido y desdeñado por todo el mundo, aun cuando la gente no lo haya visto en toda la vida y no sepa de qué culparlo, aunque él no haya hecho jamás mal a nadie ni tenga deseos de hacerlo... A eso ha llegado el mundo.

Mas quien, a su vez, abandone nuevamente todo eso y regrese al mundo, concurre a las tabernas y comienza a decir: "¡Camarada Juan, brindo por ti!", brinda con vino y entona canciones inmorales, se emborracha con ellos hasta quedar ciego, se pone un penacho de plumas en el sombrero, se hace ver en las salas de baile y de juego, lleva una gran golilla en torno al cuello, amplios calzones o ropas especialmente cortadas; quien participa en sus mil y un sacramentos o difunde la sífilis y otras maldiciones, y es capaz de blasfemar y jurar; esa persona es —desde ese instante— amada y amiga del mundo; la reconocen otra vez como parte de ellos y están satisfechos con ella. La alaban.

¡Oh, has hecho bien en apartarte de los hermanos y en convertirte y ser un buen cristiano! Ahora estás en la verdadera fe. ¡No dejes que te aparten nunca más de la Iglesia cristiana! ¡Que bien has hecho en apartarte de esa secta (como ellos la llaman)!

Puede viajar a donde quiera; en general encontrará buenos amigos y se verá estimado y se sentirá grato a los demás, aunque nunca lo hayan visto antes ni hayan oído de él y aunque comprueben en él todas las maldades y conozcan todos los pecados que ha cometido. De todas maneras será nuevamente amado por el mundo, porque ha abandonado la verdad de Dios²⁶. Por eso, esto nos muestra claramente que todos ellos nos odian y nos son hostiles porque nos consagramos a Dios. El odio urge de la envidia de la vieja serpiente y sólo es a causa de la verdad de Dios, aunque ninguno quiere vivir así. Las cosas no han cambiado.

Por fin, el odio de las poblaciones vecinas no era poco. Nos envidiaban como Esaú a Jacobo, por la bendición que Dios derramó sobre nosotros y por nuestra diligencia en el trabajo, porque reunidos en nuestras casas y comunas —gracias sean dadas a Dios— teníamos el sustento necesario²⁷. Ellos, en cambio, por lo común tenían apenas lo necesario y eran pobres porque se aficionaban al vino y yacían gran parte del tiempo embriagados, antes de haber ganado sus salarios, pues preferían la pereza y la holganza.

Y para qué hablar de los falsos hermanos y comunidades que casi no tenían otra cosa acerca de la cual quejarse y a la cual censurar, que la comunidad de Dios²⁸. Precisamente ésta nunca les parecía bien; siempre le eran adversos. Hubo mucho odio y resentimiento porque nosotros también los castigábamos por sus errores y desviaciones. Porque es muy cierto ese pasaje del Evangelio en que Cristo habla acerca de los suyos; "y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre" (Mt 10: 24). Puesto que la palabra del Señor se nos puede aplicar realmente, tanto más nos brinda seguridad y nos fortalece.

El Señor también nos fortalece y nos brinda testimonio a nosotros —su comunidad— (al mostrarnos que aquellos que se apartan de la verdad se vuelven al mundo y, sin embargo, muchos de ellos —por largo que sea el tiempo que vivan afuera— no encuentran serenidad ni paz en el corazón, a través de los días y de los años; se levante o caigan en el mundo, emprendan lo que emprendan, su conciencia los hostiga todo el tiempo y ellos siguen sintiendo un latido en su cora-

zón por causa de su caída. Ellos vuelven con persistencia, llorando y derramando lágrimas, se arrepienten, confiesan sus pecados, buscan la paz con Dios y su comunidad, [prometen] perder la vida antes que apartarse de la verdad o traicionarla.

En efecto, nos da una gran seguridad el habernos enterado con frecuencia —muchas veces lo hemos visto y oído nosotros mismos— con gran horror y dolor de corazón, de la desesperación de los caídos que una vez habían confesado y aceptado la verdad divina, pero que se desviaron de ella. Cuando Dios les envía una enfermedad y la muerte (en la cual todo se le revela al hombre) está ante ellos, se lamentan en forma lastimera y se arrepienten tardíamente de haber apostatado de la verdad de Dios y tener que morir en su apostasía²⁹.

Algunos han visto su parte y su castigo ante ellos y actuaron de una manera horrible, lamentándose a gritos sobre ellos mismos, como alguien que ya no puede recibir ayuda. Otros han declarado cómo se cerraban ellos mismos la puerta del cielo de un puntapié. Otros admitieron que si aún fueran hermanos y se hubieran arrepentido, morirían y dejarían esta vida con gusto. Muchos desearon y clamaron con gran ansiedad que Dios por favor les otorgara una sola oportunidad y que esta vez les permitiera volver. Querían arrepentirse y regresar a lo que habían abandonado. Y muchos que pudieron volver a levantarse regresaron realmente y no demoraron su retorno. Pero muchos no lograron alcanzarlo o experimentar (esa reconciliación), sino que —como ya se dijo antes— murieron con gran peso en la conciencia y gran horror y acabaron como quien ha escarnecido demasiado a Dios³⁰. Porque cuando Dios los llamó, ellos no quisieron responder y ahora que ellos claman, el Señor no quiere oírlos.

Con esto queremos terminar y volver al relato de otros asuntos.

NOTAS

- ¹ Según la ubicación del texto en la crónica, se trata de un período de tolerancia.
- ² "El Señor suele anular el consejo de los poderosos": Hch 4: 5 ss; Esd 8: 5 ss; Sal 33: 10 ss.
- ³ "El Señor exterminó a muchos de los que estaban mal predispuestos contra ellos": Jer 2: 14 ss.
- ⁴ Dn 12: Sal 124; Mt 23.
- ⁵ Dt 32: 11.
- ⁶ Ap 12: 6.
- ⁷ Heb 10; 2 Ti 2.
- ⁸ Mt 28; Hch 2, 8, 10, 16, 19.
- ⁹ Mt 26; Lc 22; Hch 2, 20; 1 Co 10, 11.
- ¹⁰ Mt 19; Lc 14; Jn 13; Hch 2, 4, 5.
- ¹¹ Mt 23.
- ¹² Mt 5; Ro 2.
- ¹³ Ro 13; 1 P 2.
- ¹⁴ Mt 10: 28; Mc 16; Jn 20: 15.
- ¹⁵ Alejamiento, apartamiento del mundo: 2 Co 6; Hch 18; 2 Co 5; 2 Jn 1.
- ¹⁶ Se interrumpía y se abandonaba la impía existencia del mundo: Mt 5; Stgo 5; Ef 5; Co 3.
- ¹⁷ Los servidores de Dios cumplían su tarea: Tit 1; Hch 6; 1 Ti 4.
- ¹⁸ Se ganaba el sustento con todo tipo de trabajo manual: Ef 4; 2 Ts 3.
- ¹⁹ Aquí el texto indica tres distintos oficios más, en los que trabajaban con cueros y pieles: fabricantes de sillines, cintas (¿guarnicioneros?) y bolsas.
- ²⁰ Se nombran cuatro trabajos más con telas.
- ²¹ I. e.: de la gente de la nobleza que observan a los hermanos.
- ²² 2 Esd 11: 49 (véase la nota número 2 del texto de Melchior Hofmann, Al rey).
- ²³ Mt 5; Lc 6; 2 Co 6; 1 P 4.
- ²⁴ El mundo nos aborrece sólo porque no queremos aliarnos con él.
- ²⁵ Signos exteriores de un justo ante el mundo, por los cuales se lo odia.
- ²⁶ Amistad del mundo es enemistad con Dios.
- ²⁷ Odio de los vecinos por la bendición que Dios nos daba.
- ²⁸ Odio de los falsos hermanos contra la comunidad.
- ²⁹ El arrepentimiento y los lamentos de los caídos en presencia de la muerte nos dan certidumbre.
- ³⁰ Jer 7; Pr 2; Sal 81.